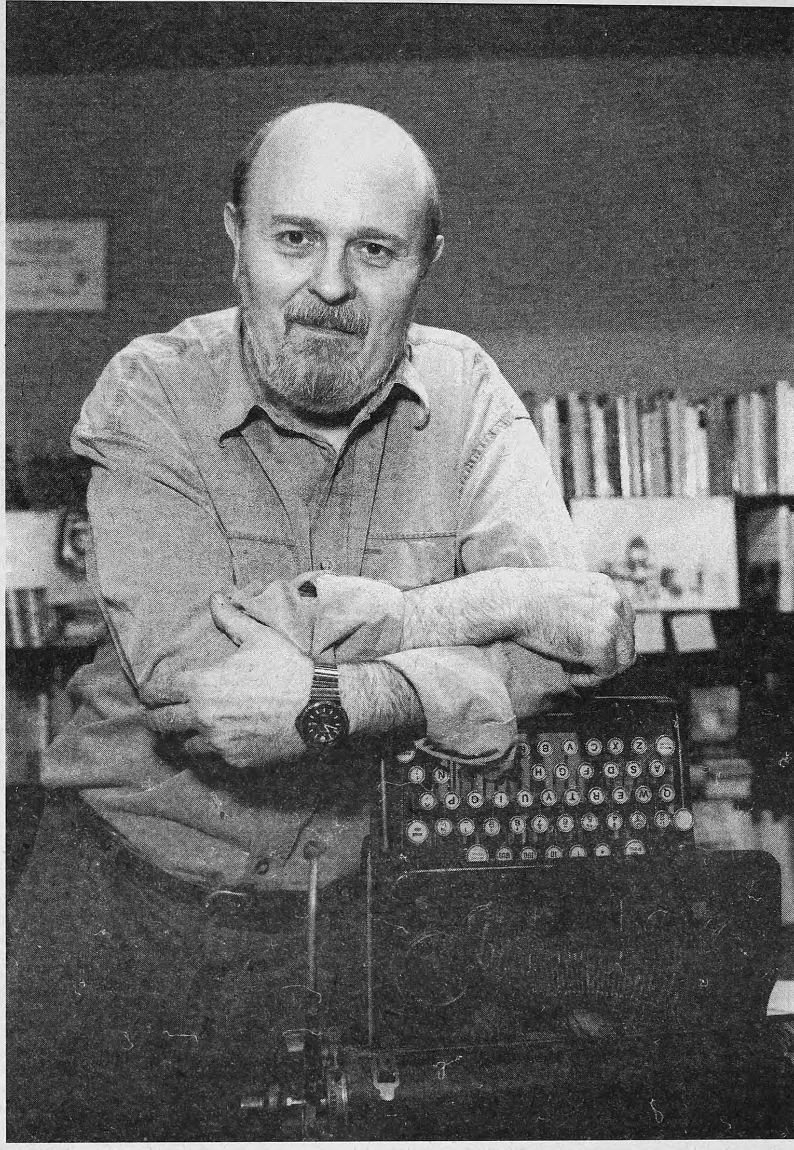


OSVALDO Soriano

Mi primer libro lo leí en 1961 y todavía tengo el ejemplar, mortecino y pegado con el scotch amarillo de aquellos tiempos. Es *Soy leyenda,* de Richard Matheson, un tipo que el verano pasado, ya viejo, se jugó la vida en el incendio de California para salvar a su gato. Después vino Raymond Chandler y a él le debo el gusto por escribir historias con muchos diálogos. Chandler, enamorado de los gatos, hacía un romanticismo irónico de hombres duros que dicen frases shakespeareanas. Esto explica muchas cosas. Me las explica a mí al menos. El día que nací en la calle Alem de Mar del Plata, había un gato esperando al otro lado de la puerta. Mi padre fumaba como loco en el patio de la casilla de madera. Mi madre dice que fue un parto difícil, a las cuatro y veinte de la tarde de un día de verano. El sol rajaba la tierra. Los jóvenes Borges y Bioy Casares paraban cerca, ahí en Los Troncos, alucinando las historias de don Isidro Parodi. A Borges lo seguían los gatos.

A mí un gato me trajo la solución para *Triste, solitario y final.* Un negro de mirada fija y contundente, muy parecido a la gata de Chandler. Otro me acompañó al exilio. Tuve uno llamado Peteco que me sacó de muchos apuros en los sufrientes días en que escribía *A sus plantas rendido un león.* Viví con una chica alérgica a los gatos y al tiempo nos separamos. En París, mientras trabajaba en *El ojo de la patria,* en un quinto piso inaccesible, se me apareció un gato equilibrista caminando por la canaleta del desagüe. Para sentirme más seguro de mí mismo puse un gato negro al comienzo y uno colorado al final de *Una sombra ya pronto serás.*

Para decirlo mal y pronto: hay gatos en todas mis novelas. Soy uno de ellos, perezoso y distante. No sé si aprendí la sutileza de la especie. Ahora mismo, una de mis gatas se lava las manos acostada sobre el teclado y tengo que apartarla con suavidad para seguir escribiendo. Hace cinco meses que ella y yo hemos parado de fumar. Juntos sufrimos la abstinencia. Hace unos meses esta habitación era un quemadero de fragancias maravillosas. Tabacos de aquí y de Cuba, de Holanda y de Egipto. Ya no: resignamos algo de la utilería que compone a los duros: cigarrillos, sombrero, impermeable, un revólver. El realismo sucio de Matheson y Chandler sobrevive a las modas y los desprecios porque el lector quiere verse ahí, en la sangre de papel. Necesita leer sus miedos. Con eso Stephen King hizo una obra. En uno de sus libros un personaje acusa de plagiario al narrador y le mata el gato.

La mitología dice que al morir los gatos van a sentarse sobre la redondez de la luna. Hay quienes sólo pueden verlos en las noches claras. Otros los vemos en todas las penumbras. Yo no tengo biografía. Me la inventarán, un día, los gatos que vendrán cuando yo esté, muy orondo, sentado en los bordes de la luna.

Osvaldo Soriano

Tres goles del M

Peregrino Fernández

Cuando el Míster Peregrino Fernández dejó el club Confluencia, ninguno de nosotros podía imaginar que iba a dirigir en Francia y se iba a hacer famoso como el creador del fútbol espectáculo. Se llevó con él al Cuco Pedrazzi que lo seguía como a un padre y los dos hicieron una fortuna en el viejo Red Star de París. Pedrazzi se casó con una viuda francesa y a los cincuenta se fue a Nancy como consultor de defensores y arqueros. Me lo encontré por casualidad en el Parque de los Príncipes y después de tanto tiempo me costó reconocerlo. Me lo presentaron como a un argentino más y hablamos de todo un poco. Comentamos la derrota de los nuestros en la Copa América y me preguntó por algunos jugadores que le habían parecido horribles. Al rato, hablando de Passarella, de Veira, de Bianchi y otros técnicos, recordó la epopeya del Míster Peregrino Fernández y ahí caímos en la cuenta de que de jóvenes habíamos jugado en el mismo equipo, allá en Cipolletti.

El Míster está en un geriátrico cerca de Neuilly, me dijo. Cuando lo rajaron de la liga francesa por jugar un partido con doce hombres se fue a Australia y allá anduvo bárbaro porque la gente sabía muy poco de fútbol. Me contó que el Míster siguió fiel a su filosofía hasta el fin de su carrera e hizo sensación en Sydney y Melbourne con el fútbol espectáculo. Los mandaba al ataque a todos, ponía siete delanteros y conseguía partidos 6 a 5, 4 a 7 y llegó a perder 12 a 8 en una final de 1981 que todavía muestran en la televisión y las escuelas de fútbol.

El día en que llegó a Cipolletti, hace más de treinta años, ya insinuaba esa determinación de rebelarse contra los esquemas y los tabúes del fútbol. En aquel tiempo yo había cumplido los diecisiete y empezaban a ponerme en la primera con los grandes. Orlando el Sucio, que había sido el técnico anterior, nos hacía jugar con el esquema que Helenio Herrera aplicaba en Italia. Ponía cuatro defensores en línea, otros dos criminales unos pasos más adelante y un tercero que les quitaba a los contrarios las ganas de asomarse. Ese era el Cuco Pedrazzi, que tenía el record de ocho expulsiones por juego brusco en un solo campeonato. A los lados, boyando en zona, colocaba un par de corredores sin historia de los que se consiguen en cualquier potrero. El que llevaba el número once era un poco más despierto, corría por delante de la muralla y tenía que ordenar el despelote que se armaba cada vez que venía una pelota dividida y se chocaban entre ellos. Todos tenían prohibido pasar la mitad de la cancha. Sólo el Manco Salinas, que era número diez, podía irse unos metros, no muchos y allá arriba, solo y puteado por toda la hinchada, quedaba yo como único delantero. Fueron tan pocos los goles que hice ese año que me los acuerdo todos, hasta aquel cañonazo del Cuco Pedrazzi que pegó en el travesaño, rebotó adentro y como el referí hizo seguir tuve que ir a meterla de chilena. No sé cómo hice pero desde ese día la tribuna empezó a putearme menos a mí que a los defensores contrarios.

Terminamos siete veces cero a cero, perdimos cuatro o cinco por uno a cero y hasta ganamos dos partidos por un gol. Entonces, como el club tenía otras ambiciones, un día contrató al Míster Peregrino Fernández para jugar al ataque. Todos los defensores, menos el Cuco Pedrazzi, se quedaron sin puesto y fue la fiesta de los delanteros. No éramos muchos y cualquier tipo capaz de dominar la pelota entre tres defensores se ponía la camiseta y entraba. Era lo contrario de lo que nos había enseñado Orlando el Sucio. Una revolución que empezó a llenar las canchas. A la carga Barracas, decía el Míster, que venía expulsado de Chacarita, y todos salíamos al frente, picábamos como locos habilitados o en orsai. Fue en ese tiempo que empezó a meter a un jugador de contrabando. Lo hacía cambiar al chileno Jara, lo escondía entre el masajista y el utilero y al rato, cuando se armaba algún revuelo alrededor del referí, lo mandaba a colarse en la cancha. El truco funcionaba casi siempre pero un sábado, en un nocturno que jugamos en Villa Regina, un comedido se puso a contar los jugadores y descubrió que teníamos dos tipos con el número siete. Encima Jara estaba haciendo el mejor partido de su vida, se los apilaba a todos y nos servía los goles en bandeja de oro y todo el mundo empezó a fijarse en ese siete que a veces era él y a veces era otro, dos cabezas más alto. Ganamos 5 a 3, pero el Tribunal de Disciplina nos sacó los puntos y casi nos manda al descenso como castigo. Por un tiempo, el Míster paró la mano. Ahora creo que no lo hacía por tramposo sino porque le encantaba ver la pelota cerca de los arcos. Dejaba dos backs y los otros íbamos a buscar el gol. Así tuve a mi lado todo tipo de delanteros, improvisados y profesionales. Estaba el Tuerto López, que era zurdo y del lado derecho no veía nada. Abel Corinto, un buen cabeceador, tan veterano que refería anécdotas del 17 de octubre, cuando jugaba en Temperley y cruzó el Riachuelo para reclamar la libertad de Perón. Juan Cruz Mineo, que le contaba películas al referí para tenerlo distraído. El Lungo Suárez, que tarareaba tangos mientras llevaba la pelota. El Tincho Saldías, que solía abandonar los partidos antes del final porque odiaba que le quitaran la pelota. Si no recuerdo mal era el único jugador del equipo que tenía coche propio.

Lo cierto es que el club se quedó sin defensores y nos hicieron tantos goles como nunca volví a ver. El Míster Peregrino Fernández había abierto el negocio del fútbol espectáculo pero al final lo nuestro se parecía al básquet, un gol para acá, un gol para allá. Un día que perdimos 7 a 4 desapareció y nunca más se supo de él. Ahora, el Cuco Pedrazzi me dice que está en un geriátrico de París y a veces lo llama por teléfono para recomendarle que, dirija a quien dirija, vaya al ataque. Le pregunté si había sacado alguna enseñanza del Míster y me hizo una mueca de desdén: Mientras duró hicimos buena plata, pero después la gente empezó a fijarse en la tabla de posiciones y llamaron a Orlando el Sucio. El Míster tenía un vértigo bárbaro pero de contraataque nos llenaban la canasta.

Tal cual. Pero aquella temporada de 1960 en el área llovían pelotas, salían de abajo de la tierra, aparecían como hongos, parecía que cada jugador tuviera una que había traído de su casa. Lo que no tuvo en cuenta el Míster Peregrino Fernández fue que el miedo puede más. Fueron tantos los sustos que nos dimos que empezamos a perderle el gusto al espectáculo. Lo suyo era lindo para la tribuna visitante, pero cada vez que nos hacían un gol se nos retorcían las tripas. Recuerdo un partido que estaba cuatro a cuatro: retrocedí para ayudarlo a Pedrazzi a cubrir un contragolpe y me tocó sacar la pelota sobre la línea del gol. Al terminar el primer tiempo, en el vestuario, el Míster se me acercó y empezó a gritarme: ¡Qué hace ahí perdiendo tiempo! ¡Su arco es el otro, carajo!

Ahora está escribiendo un libro de estrategia ofensiva y Pedrazzi me dijo que se hace preparar compactos de partidos en los que sólo se ven los goles. Cada tanto lo llevan a la cancha pero después no puede dormir de tristeza. Me digo que un día de estos voy a ir a verlo para evocar con él los tiempos en que nuestra vida estaba llena de goles.

Nostalgias

Después del encuentro con el Cuco Pedrazzi en el Parque de Los Príncipes, fui a visitar al Míster Peregrino Fernández a un geriátrico de Neuilly, la zona residencial de París. Lo encontré con las piernas duras en una silla de ruedas. ¡Cuánta nostalgia al verlo! Recordé al cuarentón flaco, alto y melancólico que llegó como director técnico a Cipolletti, a principios de los sesenta. En aquel tiempo era capaz de hacerle frente solo a la barra brava que venía a apretarnos, de subir a la tribuna y discutir cara a cara con los que lo insultaban. Han pasado más de treinta años y yo estoy lejos de aquel centrodelantero que era en los tiempos en que recién aparecía el 4-2-4 y no estaba permitido hacer cambios de jugadores.

Para que me recordara tuve que ubicarlo, contarle algunas anécdotas sólidas que se levantaran entre las tantas y mejores que acumuló después, cuando se fue a Europa y Australia.

–¡Ah, vos sos el centrofóbal al que le robaron el coche cuando iba a patear el penal! Sí, me acuerdo, después fuiste a Racing...

–No, ese fue el Tincho Saldías.

–Qué malo era el Tincho, ¿te acordás? Donde se ponía él había un back cebando mate.

–Sí, pero él fue a Racing y yo no.

–¿Hizo goles?

–No. Dos o tres. Creo que después pasó a Colón de Santa Fe.

–¿Y vos?

–Yo hice el gol en la final contra San Martín.

–¿Cuál San Martín?

–El que había en Cipolletti.

–Pero después fuiste a San Lorenzo, con el Toto. Me acuerdo: Dobal, Rendo, Arean, vos y el Manco Casa.

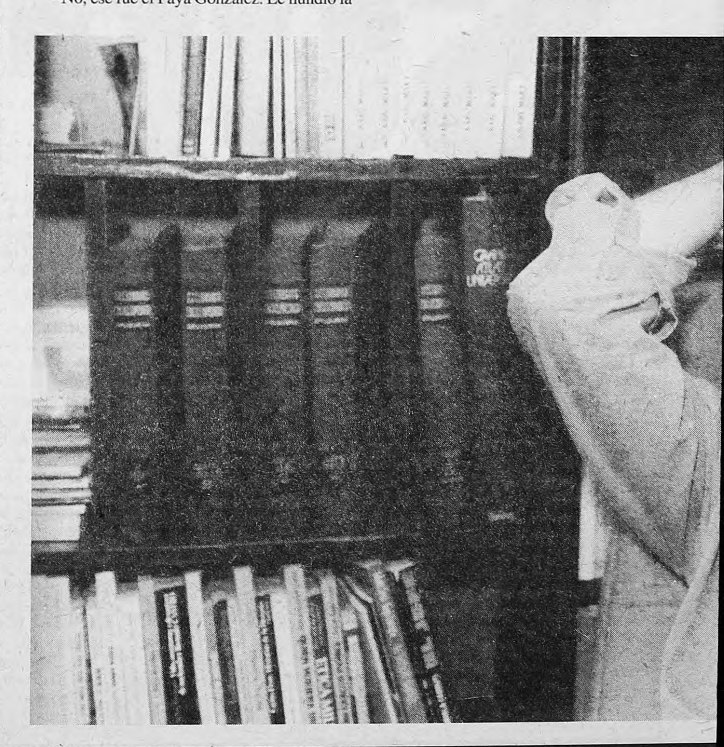
Me quedé soñando un rato, como si lo que él creía recordar hubiera sido cierto.

–No, yo me lesioné y quedé mal. El que estaba en San Lorenzo era el Bambino Veira.

–Pucha, dirigí tantos cuadros que se me confunde todo. Y la memoria a esta edad... Pero si eras bueno me voy a acordar... ¿No sos el que fue preso por pegarle al referí en General Roca?

–No, ese fue el Paya González. Le hundió la

Por obvias y entrañables razones, el último penal de este **Verano/12** le corresponde patearlo a Osvaldo Soriano. Por obvias y entrañables razones también, Osvaldo Soriano es el único a quien se lo ha eximido de la noticia biográfica en tercera persona para que cuente su versión del asunto. La tan breve como contundente autobiografía de la página anterior fue especialmente escrita para *Primera persona*, volumen de entrevistas con quince escritores argentinos que enhebrara Graciela Speranza en 1995. Los textos que se presentan aquí muestran las primeras tres entregas de la saga del Míster Peregrino Fernández, ahora irremediablemente inconclusa. "¿Pero quién te quita lo jugado?", seguramente se defendería el ya legendario personaje de Osvaldo Soriano. Y tendría razón, claro.



Tres goles del Míster

Por Osvaldo Soriano

Por obvias y entrañables razones, el último penal de este Verano/12 le corresponde patearlo a Osvaldo Soriano. Por obvias y entrañables razones también, Osvaldo Soriano es el único a quien se lo ha eximido de la noticia biográfica en tercera persona para que cuente su versión del asunto. La tan breve como contundente autobiografía de la página anterior fue especialmente escrita para *Primera persona*, volumen de entrevistas con quince escritores argentinos que enhebrara Graciela Speranza en 1995. Los textos que se presentan aquí muestran las primeras tres entregas de la saga del Míster Peregrino Fernández, ahora irremediablemente inconclusa. "¿Pero quién te quita lo jugado?", seguramente se defendería el ya legendario personaje de Osvaldo Soriano. Y tendría razón, claro.

Peregrino Fernández

Cuando el Míster Peregrino Fernández dejó el club Confluencia, ninguno de nosotros podía imaginar que iba a dirigir en Francia y se iba a hacer famoso como el creador del fútbol espectáculo. Se llevó con él al Cuco Pedrazzi que lo seguía como a un padre y los dos hicieron una fortuna en el viejo Red Star de París. Pedrazzi se casó con una viuda francesa y a los cincuenta se fue a Nancy como consultor de defensores y arqueros. Me lo encontré por casualidad en el Parque de los Príncipes y después de tanto tiempo me costó reconocerlo. Me lo presentaron como a un argentino más y hablamos de todo un poco. Comentamos la derrota de los nuestros en la Copa América y me preguntó por algunos jugadores que le habían parecido horribles. Al rato, hablando de Passarella, de Veira, de Bianchi y otros técnicos, recordó la epopeya del Míster Peregrino Fernández y ahí caímos en la cuenta de que de jóvenes habíamos jugado en el mismo equipo, allá en Cipolletti.

El Míster está en un geriátrico cerca de Neuilly, me dijo. Cuando lo rajaron de la liga francesa por jugar un partido con doce hombres se fue a Australia y allá anduvo bárbaro porque la gente sabía muy poco de fútbol. Me contó que el Míster siguió fiel a su filosofía hasta el fin de su carrera e hizo sensación en Sydney y Melbourne con el fútbol espectáculo. Los mandaba al ataque a todos, ponía siete delanteros y conseguía partidos 6 a 5, 4 a 7 y llegó a perder 12 a 8 en una final de 1981 que todavía muestran en la televisión y las escuelas de fútbol.

El día en que llegó a Cipolletti, hace más de treinta años, ya insinuaba esa determinación de rebelarse contra los esquemas y los tabúes del fútbol. En aquel tiempo yo había cumplido los diecisiete y empezaban a ponerme en la primera con los grandes. Orlando el Sucio, que había sido el técnico anterior, nos hacía jugar con el esquema que Helenio Herrera aplicaba en Italia. Ponía cuatro defensores en línea, otros dos criminales unos pasos más adelante y un tercero que les quitaba a los contrarios las ganas de asomarse. Ese era el Cuco Pedrazzi, que tenía el record de ocho expulsiones por juego brusco en un solo campeonato. A los lados, boyando en zona, colocaba un par de corredores sin historia de los que se consiguen en cualquier potrero. El que llevaba el número once era un poco más despierto, corría por delante de la muralla y tenía que ordenar el despelote que se armaba cada vez que venía una pelota dividida y se chocaban entre ellos. Todos tenían prohibido pasar la mitad de la cancha. Sólo el Manco Salinas, que era número diez, podía irse unos metros, no muchos y allá arriba, solo y puteado por toda la hinchada, quedaba yo como único delantero. Fueron tan pocos los goles que hice ese año que me los acuerdo todos, hasta aquel cañonazo del Cuco Pedrazzi que pegó en el travesaño, rebotó adentro y como el referí hizo seguir tuve que ir a meterla de chilena. No sé cómo hice pero desde ese día la tribuna empezó a putearme menos a mí que a los defensores contrarios.

Terminamos siete veces cero a cero, perdimos cuatro o cinco por uno a cero y hasta ganamos dos partidos por un gol. Entonces, como el club tenía otras ambiciones, un día contrató al Míster Peregrino Fernández para jugar al ataque. Todos los defensores, menos el Cuco Pedrazzi, se quedaron sin puesto y fue la fiesta de los delanteros. No éramos muchos y cualquier tipo capaz de dominar la pelota entre tres defensores se ponía la camiseta y entraba. Era lo contrario de lo que nos había enseñado Orlando el Sucio. Una revolución que empezó a llenar las canchas. A la carga Barracas, decía el Míster, que venía expulsado de Chacarita, y todos salíamos al frente, picábamos como locos habilitados o en orsai. Fue en ese tiempo que empezó a meter a un jugador de contrabando. Lo hacía cambiar al chileno Jara, lo escondía entre el masajista y el utilero y al rato, cuando se armaba algún revuelo alrededor del referí, lo mandaba a colarse en la cancha. El truco funcionaba casi siempre pero un sábado, en un nocturno que jugamos en Villa Regina, un comedido se puso a contar los jugadores y descubrió que teníamos dos tipos con el número siete. Encima Jara estaba haciendo el mejor partido de su vida, se los apilaba a todos y nos servía los goles en bandeja de oro y todo el mundo empezó a fijarse en ese siete que a veces era él y a veces era otro, dos cabezas más alto. Ganamos 5 a 3, pero el Tribunal de Disciplina nos sacó los puntos y casi nos manda al descenso como castigo. Por un tiempo, el Míster paró la mano. Ahora creo que no lo hacía por tramposo sino porque le encantaba ver la pelota cerca de los arcos. Dejaba dos backs y los otros íbamos a buscar el gol. Así tuve a mi lado todo tipo de delanteros, improvisados y profesionales. Estaba el Tuerto López, que era zurdo y del lado derecho no veía nada. Abel Corinto, un buen cabeceador, tan veterano que refería anécdotas del 17 de octubre, cuando jugaba en Temperley y cruzó el Riachuelo para reclamar la libertad de Perón. Juan Cruz Mineo, que le contaba películas al referí para tenerlo distraído. El Lungo Suárez, que tarareaba tangos mientras llevaba la pelota. El Tincho Saldías, que solía abandonar los partidos antes del final porque odiaba que le quitaran la pelota. Si no recuerdo mal era el único jugador del equipo que tenía coche propio.

Lo cierto es que el club se quedó sin defensores y nos hicieron tantos goles como nunca volví a ver. El Míster Peregrino Fernández había abierto el negocio del fútbol espectáculo pero al final lo nuestro se parecía al básquet, un gol para acá, un gol para allá. Un día que perdimos 7 a 4 desapareció y nunca más se supo de él. Ahora, el Cuco Pedrazzi me dice que está en un geriátrico de París y a veces lo llama por teléfono para recomendarle que, dirija a quien dirija, vaya al ataque. Le pregunté si había sacado alguna enseñanza del Míster y me hizo una mueca de desdén: Mientras duró hicimos buena plata, pero después la gente empezó a fijarse en la tabla de posiciones y llamaron a Orlando el Sucio. El Míster tenía un vértigo bárbaro pero de contraataque nos llenaban la canasta.

Tal cual. Pero aquella temporada de 1960 en el área llovían pelotas, salían de abajo de la tierra, aparecían como hongos, parecía que cada jugador tuviera una que había traído de su casa. Lo que no tuvo en cuenta el Míster Peregrino Fernández fue que el miedo puede más. Fueron tantos los sustos que nos dimos que empezamos a perderle el gusto al espectáculo. Lo suyo era lindo para la tribuna visitante, pero cada vez que nos hacían un gol se nos retorcían las tripas. Recuerdo un partido que estaba cuatro a cuatro: retrocedí para ayudarlo a Pedrazzi a cubrir un contragolpe y me tocó sacar la pelota sobre la línea del gol. Al terminar el primer tiempo, en el vestuario, el Míster se me acercó y empezó a gritarme: ¡Qué hace ahí perdiendo tiempo! ¡Su arco es el otro, carajo!

Ahora está escribiendo un libro de estrategia ofensiva y Pedrazzi me dijo que se hace preparar compactos de partidos en los que sólo se ven los goles. Cada tanto lo llevan a la cancha pero después no puede dormir de tristeza. Me digo que un día de estos voy a ir a verlo para evocar con él los tiempos en que nuestra vida estaba llena de goles.

Nostalgias

Después del encuentro con el Cuco Pedrazzi en el Parque de Los Príncipes, fui a visitar al Míster Peregrino Fernández a un geriátrico de Neuilly, la zona residencial de París. Lo encontré con las piernas duras en una silla de ruedas. ¡Cuánta nostalgia al verlo! Recordé al cuarentón flaco, alto y melancólico que llegó como director técnico a Cipolletti, a principios de los sesenta. En aquel tiempo era capaz de hacerle frente solo a la barra brava que venía a apretarnos, de subir a la tribuna y discutir cara a cara con los que lo insultaban. Han pasado más de treinta años y yo estoy lejos de aquel centrodelantero que era en los tiempos en que recién aparecía el 4-2-4 y no estaba permitido hacer cambios de jugadores.

Para que me recordara tuve que ubicarlo, contarle algunas anécdotas sólidas que se levantaran entre las tantas y mejores que acumuló después, cuando se fue a Europa y Australia.

–¡Ah, vos sos el centrofóbal al que le robaron el coche cuando iba a patear el penal! Sí, me acuerdo, después fuiste a Racing...

–No, ese fue el Tincho Saldías.

–Qué malo era el Tincho, ¿te acordás? Donde se ponía él había un back cebando mate.

–Sí, pero él fue a Racing y yo no.

–¿Hizo goles?

–No. Dos o tres. Creo que después pasó a Colón de Santa Fe.

–¿Y vos?

–Yo hice el gol en la final contra San Martín.

–¿Cuál San Martín?

–El que había en Cipolletti.

–Pero después fuiste a San Lorenzo, con el Toto. Me acuerdo: Dobal, Rendo, Arean, vos y el Manco Casa.

Me quedé soñando un rato, como si lo que él creía recordar hubiera sido cierto.

–No, yo me lesioné y quedé mal. El que estaba en San Lorenzo era el Bambino Veira.

–Pucha, dirigí tantos cuadros que se me confunde todo. Y la memoria a esta edad... Pero si eras bueno me voy a acordar... ¿No sos el que fue preso por pegarle al referí en General Roca?

–No, ese fue el Paya González. Le hundió la nariz.

–Ya me ubico: te lesionaste la rodilla en el Inter de Milán.

–No, yo me arruiné la rodilla contra Centenario, en Neuquén.

–Claro, ahora veo. El nueve zurdo que desmayó al perro... Qué gol te comiste contra Pacífico, ¿te acordás?

¡Cómo olvidarlo, Míster! El chileno Jara se sacó dos marcas de encima, se abrió a la derecha y me la tiró a espaldas del dos de Pacífico; ladominé al borde del área y cuando vi que el arquero salía le pegué tan fuerte y tan mal que el pelotazo desmayó a un perro de policía. Al terminar el partido, el Míster, enamorado del juego bonito y creador del fútbol espectáculo, me dio una filípica y en la semana tuve que repetir veinte veces la jugada con el arquero nuestro.

Nos reímos mucho en el geriátrico. Le compré un helado de frutilla y me pidió que lo llevara a dar una vuelta por el parque. Había un sol espléndido, unos de los mejores veranos que había tenido París en muchos años. Al cabo de un largo monólogo, mientras yo empujaba la silla, el Míster Peregrino Fernández recordó sin pizca de arrepentimiento que más de una vez había puesto doce jugadores en la cancha sin que nadie se diera cuenta. Trece en el Standard de Melbourne, me confesó. Nadie se avivó y ganamos seis a dos. Claro que éramos locales. Hubo un tiempo en que el Míster hizo escuela con el fútbol superofensivo y ganó un vagón de plata. Inventó mil cosas: el volante fantasma, el estóper de cuatro patas, el líbero gentil, el puntero ausente; plantaba el equipo tan adelante que todos los rebotes nos dejaban mal parados y los partidos terminaban en goleadas. Llegó a la osadía, en Melbourne, de poner a un homosexual confeso como número ocho, volante por la derecha. A mí qué me importaba si el tipo tenía buen manejo y dirigía al grupo con más autoridad que esos taxistas que manejan de noche.

–Un técnico tiene que saber aprovechar todo el potencial de los jugadores. Yo en Australia no tenía negros y los africanos estaban de moda, no iba nadie a la cancha si no ponías dos o tres negros gambeteadores. Y bueno, lo llamé al suplente, un pibe bárbaro que no entraba nunca, y le dije: esta es tu oportunidad, andá y pintate de negro.

–¿Hizo goles, Míster?

–Ni uno. Para el gol hay un ángel especial. Un no sé qué. Lo tenés o no lo tenés. Vos viste: está lleno de delanteros que no hacen más de cinco goles por campeonato, ¡no es serio!

–En San Lorenzo el pibe Rossi estuvo como tres años sin mojar.

–¿Viste? En cambio vos eras como Scotta: pelota que te tiraban era gol o desmayabas al perro.

–Trataba de hacerlo, sí.

–Metiste el gol en Barda del Medio, donde estaba prohibido y fuimos todos en cana.

–Me acuerdo, Míster. Discúlpeme.

–Así que te lesionaste, allá, en el culo del mundo... Carajo, qué jodida es la vida. Mirame a mí. Con un pie en el vestuario y otro en el crematorio; yo que inventé el wing electrónico.

–Ese no jugó conmigo, Míster.

–No, fue en Francia. Le pusimos un circuito impreso y detonadores en los tacos de los botines. Cuando corría echaba chispas como una estrellita de Navidad y no se le acercaba nadie... ¿Sabés cuál era la joda? No hacía goles. Llevame hasta el lago, ¿querés? Si me comprás otro helado te cuento la del arquero sin manos. Una final en Barcelona y yo pongo un arquero sin brazos. ¿Qué tal?

–¿Helado de qué, Míster?

–Chocolate y menta... Decime, ¿qué hacés acá con este calor?

–Estoy terminando una novela.

–¿Tiene gol?

–Algunos.

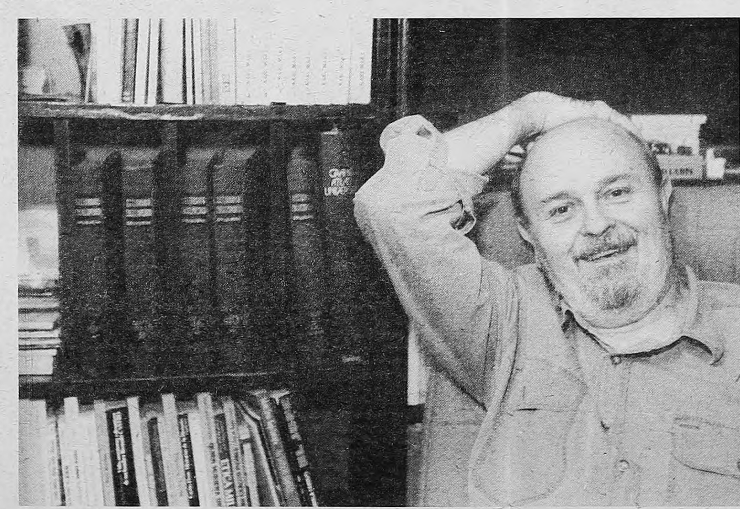
–Muy bien. Guarda con el back que tiene cara de asesino.

–Quédese tranquilo.

–Me acuerdo que me decías eso, sí... ¿De qué trata el libro? ¿De fútbol?

–No. Trata de los goles que uno se pierde en la vida.

–Ya veo. Poneme a la sombra, pibe, que te cuento la del arquero sin manos.



Casablanca

Imagínenme así: un metro setenta y cinco, más bien flaco, bigote ancho como el que llevaba mi abuelo a principios de siglo. Ha vuelto a ponerse de moda. Pelo abundante y descuidado, patillas cortas. Llevo sombrero tumbado a media frente. Tengo carácter huraño y alma de calefón. Me lo dijo una chica que crucé en Marsella el día en que escapamos de la gran guerra, allá por el año treinta y ocho. Ahora ya lo saben: me derriten las palabras amables y las mujeres que fingen timidez.

Me llamo Gustavo Peregrino Fernández, pero la profesión me privó del primer nombre y me regaló otro, doctoral y vulgar: Míster. Míster Peregrino Fernández, entonces. Llevo muchachos a correr por los potreros de algún olvidado rincón de la patria. Trato de que se porten bien y dejen en la cancha lo mejor que tienen. Que no corran como poseídos detrás de la pelota. Voy de acá para allá por la parte fea del mundo. Soy un ganador incomprendido, corro por la sombra, tomo trenes y colectivos bajo la tormenta.

Estoy en un rincón de la Patagonia en el año '58. Llevo una semana estornudando contra el viento, cagando arena y orinando agua bendita. En las horas en que no trabajo voy a matear con el cura, que es un primor de tipo, una ficha que Dios perdió en la ruleta. Les decía que vengo de lejos. Siempre es así. En el año '36 fui a predicar mi fútbol a Europa, hasta que empezó la guerra y la chica aquella me dijo eso de que tengo alma de calefón.

Del '39 al '44 estuve en Casablanca, en el bar de Rick. Cuando no estábamos muy borrachos íbamos a jugar a la pelota cerca de ese aeropuerto que ustedes conocen. Después no sé qué pasó, a dónde se fueron Rick y su amigo Renault, el gendarme francés. Yo me quedé dirigiendo en un club de Tánger. Eran tan malos los jugadores que tenía que ponerlos a todos en el área chica para escaparle al descenso. Me acuerdo que el centrojás era un petiso con joroba, bastante corto de vista. Había que ponerlo porque el padre manejaba el mercado negro y proveía tabaco, papel higiénico y hojas de afeitar. Al centrofóbal tampoco lo podía sacar porque decían que era su amigo o su amante, nunca pude confirmarlo.

Me pagaban bastante para lo que era el mundo en ese entonces. Tenía un Studebaker modelo '34, cuatro trajes y a veces una mujer expulsada de algún harén suburbano. No sé, nunca me gustó preguntar. No voy a ocultar que estuve preso. Las cosas eran confusas y no se sabía con certeza lo que estaba bien y lo que estaba mal. Ni siquiera sé si fui yo quien disparó el revólver. Hacía calor, el ruido era infernal y el eslovaco puteaba y puteaba, decía que yo le debía plata y que me estaba metiendo en su negocio. De pronto cayó redondo con un agujero en la cabeza. ¿Tiré yo? ¿Tiró otro? Todos andábamos armados en la ciudad y en los bares liquidaban media docena de tipos por día. Sólo que este era un peso pesado y estuve a la sombra casi un año, hasta que el club reunió la plata para los jueces.

No sé si esto tiene alguna importancia. Ahora que estoy postrado en una casa para viejos, aburrido y esperando el fin, se me dio por escribir las cosas de las que me acuerdo y que pueden servirles a los jóvenes. Un escritor de la Argentina que pasó a verme hace unos meses me contó que los jóvenes no quieren saber nada con el ejemplo de los mayores, que olvidara la moralina y los consejos. Si es así, narraré latrocinios y vendettas, vejaciones y tormentos. Tengo 85 años y he visto bastante.

Sé que los militares pasaron una generación de idealistas a degüello. Después mandaron a otros a una guerra perdida. Los que sobrevivieron todavía no han superado el terror y se lo han transmitido a los hijos. Parece que sólo los tranquiliza llevar una tarjeta de crédito. Igual, yo no escribo para que me lean. Utilizo las lenguas que me vienen a la cabeza según el humor con que empiezo el día. Viví en tantos lugares diferentes que cada idioma está atado a un afecto, a un suceso. Escribiré en turco, en inglés y en castellano sin traicionar ni reprimir los sentimientos. En alemán hablaré de aquella chica de Berlín; en polaco, del campo al que me llevaron por tratar con judíos; en inglés, de mis incursiones australianas.

Había pensado en un manual que traslade las enseñanzas de fútbol a la vida de todos los días, pero no sé si podrá ser. En algunos países mojigatos la gente vive colgada del travesaño; en los pretenciosos se adelantan tanto que terminan apuñalados de contragolpe. En fin, mis teorías no serán atendidas; tal vez tenga razón el escritor aquel, pero tengo mucha edad y no puedo remediarlo. Empiezo, entonces, con los años en el bar de Rick. Ustedes habrán visto mil veces la película: Tócala otra vez, Sam, Bésame como si fuera la última vez, dice Ilda, la enamorada. Pamplinas. Rick no quería a nadie, era un individualista al que se le habían muerto las ilusiones. Tócala otra vez, Sam. Quién hubiera dicho en aquellos tiempos que Sam iba a tener una posteridad. Murió en el año '47 o '48, me contaron. El bar cerró y andaba tirado, con dolores de cintura y reumatismo en las manos de tanto darle al piano. Había remontado en barco hasta Burdeos. Se metió en un cine barato donde daban una de las primeras de Robert Mitchum. Lo oyó decir: "El amor es como el azar, cuando más lejos vayas más posibilidades tienes de ganar", y ahí nomás se murió. Tal vez era la época: estaba plagada de existencialistas, vividores y socialistas románticos. A Sam le habrá pasado lo mismo que a mí: sólo el socialismo te ofrecía futuro. Muchas veces había que morir para que los otros siguieran viendo más allá de la nariz, como el Che antes de ser un montón de huesos ofrecido a los turistas. Pero bueno, caer estaba en los cálculos. Se moría menos por accidentes de tránsito y más por un futuro imperfecto.

En mi vida he visto distintas épocas de varios países. Los he visto encanallados, valientes, resignados, corruptos, cobardes. Vi la aterrorizada Alemania de Hitler ensañarse con judíos y comunistas. ¿De qué les sirvió tener a Heidegger? Los hombres decentes se expatriaron: los hermanos Mann, Freud, Peter Weiss, tantos más. Vi miserias de las que no me atrevo a hablar todavía.

No me va a ser fácil hilvanar con el fútbol. Yo fui uno de los primeros que vio la inutilidad de mantener wines estáticos haciendo firuletes por la raya, pero nunca pensé que al desaparecer los wines desaparecería un modo de vida. También afuera de la cancha. Habíamos acabado con la belleza para asegurar la rentabilidad de los equipos. Mandamos a esos endiablados chiquitos a correr de acá para allá, a sacrificarse, a colaborar con los que no sabían cómo se chanflea una pelota. El otro día vi a un tipo de cuatro millones de dólares, sin arquero por delante, tirarla afuera. No la embocó en un arco de once metros de ancho ni siquiera con esos zapatos de ahora, que vienen preparados con alerones y muescas de modo que hasta un enyesado pueda hacer un gol olímpico.

Allá por el '58, en Tánger, mi centrodelantero era burro pero feliz porque sentía que tenía una misión y la cumplía. No iba a buscar la pelota, pero si se la daban a quince metros de la valla los arqueros sudaban. *Dur, violent, au coin enchanté*, me decía. Fuerte y bajo, al rincón de las ánimas, me atrevo a traducir. Tiempo después, así como Sam murió en una butaca de cine viendo y oyendo a Mitchum, mi delantero llamado Agustín se rompió la cabeza contra un poste al ir a buscar de palomita un centro mal colocado.

No quiero irme también yo sin antes declarar que soy uno de los responsables de la desaparición de los wines. Me gustaría evocar, además, a los backs centrales de aquellos tiempos. Uno era asesino y el otro caballero; pero eso lo dejo para otro día. Estoy cansado, tengo más edad de la que he confesado y la enfermera se acerca para llevarme a cenar. Acá en París nos acostamos muy temprano y ahora que se acerca el invierno lo único que puedo hacer es mirar viejas películas, leer viejos libros y evocar viejos partidos. No tengan piedad de mí: la memoria, si voraz y violenta, es una materia exquisita. ■

2/3

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Piratas, fantasmas y dinosaurios*, por Osvaldo Soriano, y *Primera persona*, entrevistas de Graciela Speranza. Se reproduce aquí por gentileza de Grupo Editorial Norma.

S

Por Osvaldo Soriano

...íster

nariz.

–Ya me ubicó: te lesionaste la rodilla en el Inter de Milán.

–No, yo me arruiné la rodilla contra Centenario, en Neuquén.

–Claro, ahora veo. El nueve zurdo que desmayó al perro... Qué gol te comiste contra Pacífico, ¿te acordás?

¡Cómo olvidarlo, Míster! El chileno Jara se sacó dos marcas de encima, se abrió a la derecha y me la tiró a espaldas del dos de Pacífico; ladominé al borde del área y cuando vi que el arquero salía le pegué tan fuerte y tan mal que el pelotazo desmayó a un perro de policía. Al terminar el partido, el Míster, enamorado del juego bonito y creador del fútbol espectáculo, me dio una filípica y en la semana tuve que repetir veinte veces la jugada con el arquero nuestro.

Nos reímos mucho en el geriátrico. Le compré un helado de frutilla y me pidió que lo llevara a dar una vuelta por el parque. Había un sol espléndido, unos de los mejores veranos que había tenido París en muchos años. Al cabo de un largo monólogo, mientras yo empujaba la silla, el Míster Peregrino Fernández recordó sin pizca de arrepentimiento que más de una vez había puesto doce jugadores en la cancha sin que nadie se diera cuenta. Trece en el Standard de Melbourne, me confesó. Nadie se avivó y ganamos seis a dos. Claro que éramos locales. Hubo un tiempo en que el Míster hizo escuela con el fútbol superofensivo y ganó un vagón de plata. Inventó mil cosas: el volante fantasma, el estóper de cuatro patas, el líbero gentil, el puntero ausente; plantaba el equipo tan adelante que todos los rebotes nos dejaban mal parados y los partidos terminaban en goleadas. Llegó a la osadía, en Melbourne, de poner a un homosexual confeso como número ocho, volante por la derecha. A mí qué me importaba si el tipo tenía buen manejo y dirigía al grupo con más autoridad que esos taxistas que manejan de noche.



–Un técnico tiene que saber aprovechar todo el potencial de los jugadores. Yo en Australia no tenía negros y los africanos estaban de moda, no iba nadie a la cancha si no ponías dos o tres negros gambeteadores. Y bueno, lo llamé al suplente, un pibe bárbaro que no entraba nunca, y le dije: esta es tu oportunidad, andá y pintate de negro.

–¿Hizo goles, Míster?

–Ni uno. Para el gol hay un ángel especial. Un no sé qué. Lo tenés o no lo tenés. Vos viste: está lleno de delanteros que no hacen más de cinco goles por campeonato, ¡no es serio!

–En San Lorenzo el pibe Rossi estuvo como tres años sin mojar.

–¿Viste? En cambio vos eras como Scotta: pelota que te tiraban era gol o desmayabas al perro.

–Trataba de hacerlo, sí.

–Metiste el gol en Barda del Medio, donde estaba prohibido y fuimos todos en cana.

–Me acuerdo, Míster. Discúlpeme.

–Así que te lesionaste, allá, en el culo del mundo... Carajo, qué jodida es la vida. Mirame a mí. Con un pie en el vestuario y otro en el crematorio; yo que inventé el wing electrónico.

–Ese no jugó conmigo, Míster.

–No, fue en Francia. Le pusimos un circuito impreso y detonadores en los tacos de los botines. Cuando corría echaba chispas como una estrellita de Navidad y no se le acercaba nadie... ¿Sabés cuál era la joda? No hacía goles. Llevame hasta el lago, ¿querés? Si me comprás otro helado te cuento la del arquero sin manos. Una final en Barcelona y yo pongo un arquero sin brazos. ¿Qué tal?

–¿Helado de qué, Míster?

–Chocolate y menta... Decime, ¿qué hacés acá con este calor?

–Estoy terminando una novela.

–¿Tiene gol?

–Algunos.

–Muy bien. Guarda con el back que tiene cara de asesino.

–Quédese tranquilo.

–Me acuerdo que me decías eso, sí... ¿De qué trata el libro? ¿De fútbol?

–No. Trata de los goles que uno se pierde en la vida.

–Ya veo. Poneme a la sombra, pibe, que te cuento la del arquero sin manos.

Casablanca

Imagínenme así: un metro setenta y cinco, más bien flaco, bigote ancho como el que llevaba mi abuelo a principios de siglo. Ha vuelto a ponerse de moda. Pelo abundante y descuidado, patillas cortas. Llevo sombrero tumbado a media frente. Tengo carácter huraño y alma de calefón. Me lo dijo una chica que crucé en Marsella el día en que escapamos de la gran guerra, allá por el año treinta y ocho. Ahora ya lo saben: me derriten las palabras amables y las mujeres que fingen timidez.

Me llamo Gustavo Peregrino Fernández, pero la profesión me privó del primer nombre y me regaló otro, doctoral y vulgar: Míster. Míster Peregrino Fernández, entonces. Llevo muchachos a correr por los potreros de algún olvidado rincón de la patria. Trato de que se porten bien y dejen en la cancha lo mejor que tienen. Que no corran como poseídos detrás de la pelota. Voy de acá para allá por la parte fea del mundo. Soy un ganador incomprendido, corro por la sombra, tomo trenes y colectivos bajo la tormenta.

Estoy en un rincón de la Patagonia en el año '58. Llevo una semana estornudando contra el viento, cagando arena y orinando agua bendita. En las horas en que no trabajo voy a matear con el cura, que es un primor de tipo, una ficha que Dios perdió en la ruleta. Les decía que vengo de lejos. Siempre es así. En el año '36 fui a predicar mi fútbol a Europa, hasta que empezó la guerra y la chica aquella me dijo eso de que tengo alma de calefón.

Del '39 al '44 estuve en Casablanca, en el bar de Rick. Cuando no estábamos muy borrachos íbamos a jugar a la pelota cerca de ese aeropuerto que ustedes conocen. Después no sé qué pasó, a dónde se fueron Rick y su amigo Renault, el gendarme francés. Yo me quedé dirigiendo en un club de Tánger. Eran tan malos los jugadores que tenía que ponerlos a todos en el área chica para escaparle al descenso. Me acuerdo que el centrojás era un petiso con joroba, bastante corto de vista. Había que ponerlo porque el padre manejaba el mercado negro y proveía tabaco, papel higiénico y hojas de afeitar. Al centrofóbal tampoco lo podía sacar porque decían que era su amigo o su amante, nunca pude confirmarlo.

Me pagaban bastante para lo que era el mundo en ese entonces. Tenía un Studebaker modelo '34, cuatro trajes y a veces una mujer expulsada de algún harén suburbano. No sé, nunca me gustó preguntar. No voy a ocultar que estuve preso. Las cosas eran confusas y no se sabía con certeza lo que estaba bien y lo que estaba mal. Ni siquiera sé si fui yo quien disparó el revólver. Hacía calor, el ruido era infernal y el eslovaco puteaba y puteaba, decía que yo le debía plata y que me estaba metiendo en su negocio. De pronto cayó redondo con un agujero en la cabeza. ¿Tiré yo? ¿Tiró otro? Todos andábamos armados en la ciudad y en los bares liquidaban media docena de tipos por día. Sólo que este era un peso pesado y estuve a la sombra casi un año, hasta que el club reunió la plata para los jueces.

No sé si esto tiene alguna importancia. Ahora que estoy postrado en una casa para viejos, aburrido y esperando el fin, se me dio por escribir las cosas de las que me acuerdo y que pueden servirles a los jóvenes. Un escritor de la Argentina que pasó a verme hace unos meses me contó que los jóvenes no quieren saber nada con el ejemplo de los mayores, que olvidará la moralina y los consejos. Si es así, narraré latrocinios y vendettas, vejaciones y tormentos. Tengo 85 años y he visto bastante.

Sé que los militares pasaron una generación de idealistas a degüello. Después mandaron a otros a una guerra perdida. Los que sobrevivieron todavía no han superado el terror y se lo han transmitido a los hijos. Parece que sólo les tranquiliza llevar una tarjeta de crédito. Igual, yo no escribo para que me lean. Utilizo las lenguas que me vienen a la cabeza según el humor con que empiezo el día. Viví en tantos lugares diferentes que cada idioma está atado a un afecto, a un suceso. Escribiré en turco, en inglés y en castellano sin traicionar ni reprimir los sentimientos. En alemán hablaré de aquella chica de Berlín; en polaco, del campo al que me llevaron por tratar con judíos; en inglés, de mis incursiones australianas.

Había pensado en un manual que traslade las enseñanzas de fútbol a la vida de todos los días, pero no sé si podrá ser. En algunos países mojigatos la gente vive colgada del travesaño; en los pretenciosos se adelantan tanto que terminan apuñalados de contragolpe. En fin, mis teorías no serán atendidas; tal vez tenga razón el escritor aquel, pero tengo mucha edad y no puedo remediarlo. Empiezo, entonces, con los años en el bar de Rick. Ustedes habrán visto mil veces la película: Tócala otra vez, Sam, Bésame como si fuera la última vez, dice Ilda, la enamorada. Pamplinas. Rick no quería a nadie, era un individualista al que se le habían muerto las ilusiones. Tócala otra vez, Sam. Quién hubiera dicho en aquellos tiempos que Sam iba a tener una posteridad. Murió en el año '47 o '48, me contaron. El bar cerró y andaba tirado, con dolores de cintura y reumatismo en las manos de tanto darle al piano. Había remontado en barco hasta Burdeos. Se metió en un cine barato donde daban una de las primeras de Robert Mitchum. Lo oyó decir: "El amor es como el azar, cuando más lejos vayas más posibilidades tienes de ganar", y ahí nomás se murió. Tal vez era la época: estaba plagada de existencialistas, vividores y socialistas románticos. A Sam le habrá pasado lo mismo que a mí: sólo el socialismo te ofrecía futuro. Muchas veces había que morir para que los otros siguieran viendo más allá de la nariz, como el Che antes de ser un montón de huesos ofrecido a los turistas. Pero bueno, caer estaba en los cálculos. Se moría menos por accidentes de tránsito y más por un futuro imperfecto.

En mi vida he visto distintas épocas de varios países. Los he visto encanallados, valientes, resignados, corruptos, cobardes. Vi la aterrorizada Alemania de Hitler ensañarse con judíos y comunistas. ¿De qué les sirvió tener a Heidegger? Los hombres decentes se expatriaron: los hermanos Mann, Freud, Peter Weiss, tantos más. Vi miserias de las que no me atrevo a hablar todavía.

No me va a ser fácil hilvanar con el fútbol. Yo fui uno de los primeros que vio la inutilidad de mantener wines estáticos haciendo firuletes por la raya, pero nunca pensé que al desaparecer los wines desaparecería un modo de vida. También afuera de la cancha. Habíamos acabado con la belleza para asegurar la rentabilidad de los equipos. Mandamos a esos endiablados chiquitos a correr de acá para allá, a sacrificarse, a colaborar con los que no sabían cómo se chanflea una pelota. El otro día vi a un tipo de cuatro millones de dólares, sin arquero por delante, tirarla afuera. No la embocó en un arco de once metros de ancho ni siquiera con esos zapatos de ahora, que vienen preparados con alerones y muescas de modo que hasta un enyesado pueda hacer un gol olímpico.

Allá por el '58, en Tánger, mi centrodelantero era burro pero feliz porque sentía que tenía una misión y la cumplía. No iba a buscar la pelota, pero si se la daban a quince metros de la valla los arqueros sudaban. *Dur, violent, au coin enchanté*, me decía. Fuerte y bajo, al rincón de las ánimas, me atrevo a traducir. Tiempo después, así como Sam murió en una butaca de cine viendo y oyendo a Mitchum, mi delantero llamado Agustín se rompió la cabeza contra un poste al ir a buscar de palomita un centro mal colocado.

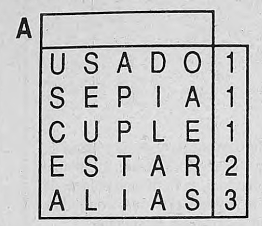
No quiero irme también yo sin antes declarar que soy uno de los responsables de la desaparición de los wines. Me gustaría evocar, además, a los backs centrales de aquellos tiempos. Uno era asesino y el otro caballero; pero eso lo dejo para otro día. Estoy cansado, tengo más edad de la que he confesado y la enfermera se acerca para llevarme a cenar. Acá en París nos acostamos muy temprano y ahora que se acerca el invierno lo único que puedo hacer es mirar viejas películas, leer viejos libros y evocar viejos partidos. No tengan piedad de mí: la memoria, si voraz y violenta, es una materia exquisita. ■

...por Rodrigo Fresán. De *Piratas, fantasmas y dinosaurios*, por Osvaldo Soriano, y *Primera persona*, entrevistas de Graciela Speranza. Se reproduce aquí por gentileza de Grupo Editorial Norma.



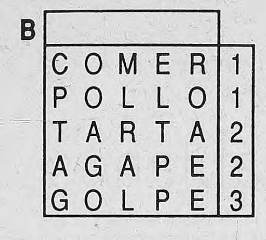
PALABRA OCULTA

Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta.) En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.



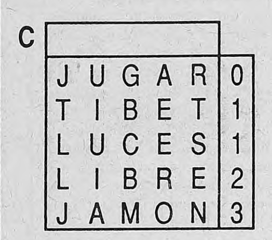
A

U S A D O	1
S E P I A	1
C U P L E	1
E S T A R	2
A L I A S	3



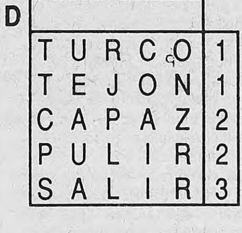
B

C O M E R	1
P O L L O	1
T A R T A	2
A G A P E	2
G O L P E	3



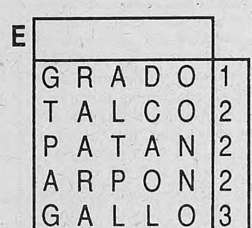
C

J U G A R	0
T I B E T	1
L U C E S	1
L I B R E	2
J A M O N	3



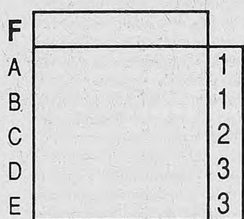
D

T U R C O	1
T E J O N	1
C A P A Z	2
P U L I R	2
S A L I R	3



E

G R A D O	1
T A L C O	2
P A T A N	2
A R P O N	2
G A L L O	3



F

A		1
B		1
C		2
D		3
E		3

CRUCIGRAMA CON PISTAS

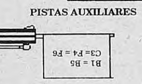
*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales** y **verticales**. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las **pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES
- Hay solamente un cuadrito negro; son diez palabras de seis letras y dos palabras de cuatro letras.
- Consonantes y vocales están rigurosamente alternadas.
- Con las cuatro letras de las esquinas, se puede formar la palabra "cesa".

PISTAS HORIZONTALES
- **A.** Es un nombre propio con sol y mar, que no tiene letras repetidas.
- **B.** Puede ser sustantivo o adjetivo y es palabra aguda, con la única J.
- **C.** Una linda palabra marinera, anagrama de "semana".
- **D.** Es un verbo conjugado, que incluye la única U del crucigrama.
- **E.** Palabra de cuatro letras, que puede ser verbo conjugado o sustantivo.
- **F.** Es verbo conjugado, al cual si se le quitan la última letra, las dos o las tres últimas letras, sigue siendo verbo conjugado.

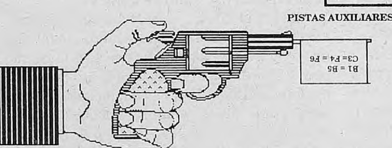
PISTAS VERTICALES
1. Palabra con varios significados, que no repite letras.
2. Vocablo de cuatro letras, muy usado en los crucigramas.
3. Un verbo conjugado, anagrama de "sumaré".
4. Es un plural, con la única I y la única J.
5. Un sustantivo donde se repite únicamente la letra E.
6. Aquí hay un adjetivo femenino en plural.

	1	2	3	4	5	6
A						
B						
C						
D						
E						
F						



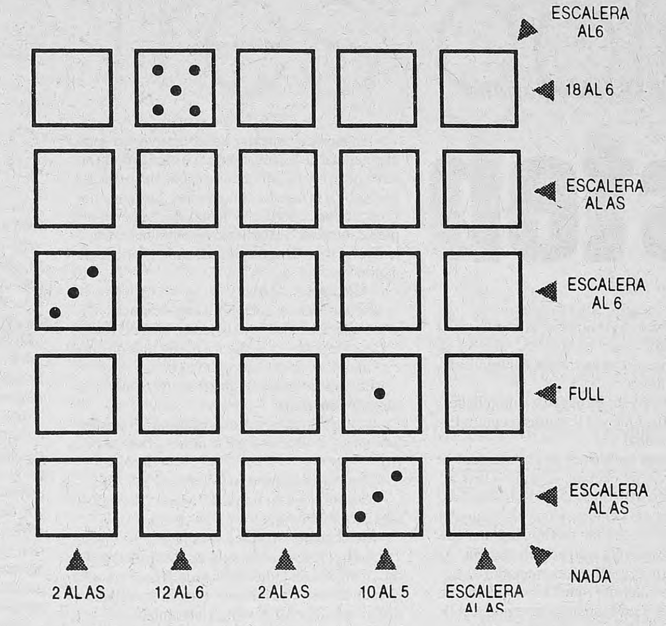
AAA	JL
AA	MMM
AA	NNN
BC	OO
D	RR
EEE	SSS
EEE	TT
I	U

PISTAS AUXILIARES



CUBILETE

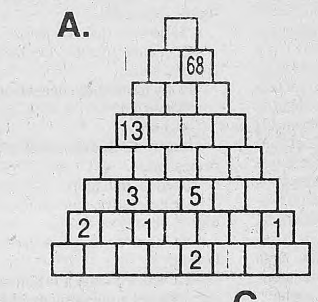
En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.



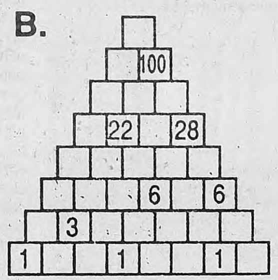
PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.

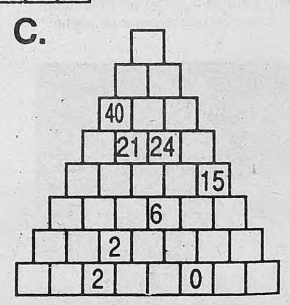
A.



B.



C.



COLECCION LIBROS DE MENTE

Libros que se suben a la cabeza:

Círculos viciosos y paradojas
por P. Hughes y G. Brecht **$12.-**

Acertijos divertidos y sorprendentes
por Martin Gardner **$14.-**

El detective es usted
por L. Wren y R. McKay **$12.-**

Súper Ejercicios de Pensamiento Lateral
por P. Sloane y D. MacHale **$14.-**

Adquiéralos por teléfono:
(01) 374-2050
Fax 372-3829
Corrientes 1312, 8º piso,
(1043) Buenos Aires
Argencard / Mastercard / Visa
Banelco / American Express



Soluciones del número anterior

NUMERO OCULTO

A. 5.234
B. 4.952
C. 4.019
D. 4.967

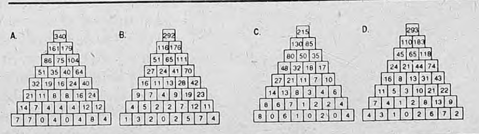
CUBILETE

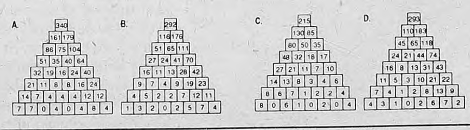
4	2	3	5	1
1	1	1	4	1
3	2	6	3	6
5	2	3	6	1
2	2	6	2	6

CRUCIGRAMA

C	A	R	I	N	A
A	S	I	R	A	N
N	O	C	I	V	A
I	M	I	T	A	D
C	A	N	I	J	O
A	D	O	S	A	N

PIRAMIDES NUMERICAS





Soluciones de este número

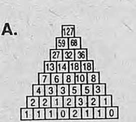
PALABRA OCULTA

A. Aspas.
B. Torpe.
C. Limón.
D. Tapir.
E. Galón.
F. Tapón.

CUBILETE

6	5	1	6	6
1	4	6	5	3
3	6	2	5	4
1	3	3	1	1
4	6	1	3	5

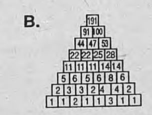
CRUCIGRAMA



C	A	R	I	B	E
O	R	E	J	O	N
M	E	S	A	N	A
E	L	U	D	E	N
T	■	M	A	T	A
A	M	A	S	E	S

PIRAMIDES NUMERICAS

A.



B. **C.**

